



NATURALEZA SOCIAL DE LA ACTIVIDAD: DEFINICIONES, FENÓMENOS Y MECANISMOS

L. A. Radzikhoskii

La actividad es un fenómeno humano, activo, intencional, que se desarrolla en el tiempo; es social, es decir, está provocado por metas significativas desde el punto de vista social, está sujeto a las normas sociales y se ajusta a ellas, y está constituido por medios y herramientas sociales. Lo que acabamos de afirmar es un axioma que se aplica por igual a cualquier tipo de actividad, desde la realizada por el conjunto de la humanidad en su desarrollo histórico hasta la de un individuo concreto. Todo en la actividad —sus premisas, sus medios, sus productos, y por supuesto, el mismo proceso de la actividad— es social, y todo lo social está incorporado en la actividad, en sus premisas, sus medios, sus productos, y en la actividad misma. Estos postulados se han desarrollado con detalle en la filosofía marxista: «La actividad y el goce de sus frutos son de naturaleza social, tanto en su contenido como en su modo de existencia: la actividad social y su uso social» (1, p. 118). Otra idea de Marx, menos conocida, referida directamente a la psicología es la siguiente: «Incluso cuando llevo a cabo una actividad científica u otra actividad semejante, que rara vez se realiza en comunicación directa con los demás, incluso entonces me veo envuelto en una actividad social, ya que estoy actuando como ser humano» (1, p. 118)

Evidentemente, los psicólogos soviéticos conocen estas ideas. Sin embargo, al intentar introducirlas creativamente en la teoría de la actividad, se han encontrado con bastantes dificultades que, en muchos aspectos, están todavía por solucionar.

Durante casi un siglo, la psicología social ha estado acumulando una gran cantidad de datos empíricos (el trabajo de N. Triplett ha sido considerado tradicionalmente el primero (34)) sobre cómo el comportamiento humano y los procesos cognitivos y afectivos cambian de acuerdo con la presencia y las acciones reales e

imaginarias de «otras» personas: así son las manifestaciones observables de la naturaleza social de la mente y la actividad humana. Pero, ¿con qué medios cuenta la teoría psicológica de la actividad para explicar estos fenómenos y los mecanismos psicológicos de esta naturaleza social?

En la teoría de la actividad (en adelante se debe entender la teoría de la actividad de Leontev) se ha desarrollado una idea muy detallada de la estructura morfológica de la actividad (actividad-acción-operación; motivo-meta-condición) y se han demostrado al mismo tiempo las condiciones necesarias para una transición de un nivel de actividad a otro (en particular, como resultado del «desplazamiento del motivo para conseguir la meta») (14,15). Este paradigma morfológico, sin embargo, no explica muy bien por qué la actividad debería cambiar como consecuencia de la presencia real o imaginaria de otras personas; ni tampoco responde a la pregunta de dónde radica, desde un punto de vista psicológico, la diferencia cualitativa entre «otra» persona y cualquier otro objeto físico, cuestiones que se asocian con la comunicación y la interacción. En todos estos casos, si permanecemos dentro de la teoría de la actividad, sólo podremos decir que el motivo de la actividad y su aspecto operacional-ejecutorio son sociales. Pero decir esto, sólo es afirmar, no explicar; y esta afirmación, además, incurre en un círculo lógico: la naturaleza social de los motivos y los medios de la actividad no se refleja en absoluto en una estructura específica de la actividad; esta naturaleza social es una invariante respecto de esta estructura, y se postula existencialmente sólo sobre la base de los fenómenos externos de la naturaleza social de la actividad, que es exactamente lo mismo que se pretendía explicar.

El mismo Leontev comentó:

¿Podemos asumir que la actividad adecuada se forma en una persona bajo la influencia de los objetos mismos? Es obvio que no se puede sostener semejante afirmación... Las relaciones con el mundo siempre están determinadas por las relaciones con otras personas; su actividad siempre está inserta en la comunicación. En su forma externa inicial, en la forma de actividad conjunta o en la forma de haba, o incluso en la comunicación imaginaria, la comunicación es siempre una condición necesaria y específica para el desarrollo del hombre en sociedad. (15, p. 413)

Esencialmente, la actividad presupone no sólo acciones de una persona concreta, sino también sus acciones bajo las condiciones de actividad de otras personas. Es decir, presupone algún tipo de actividad conjunta (13, p. 9)

Sin embargo, esos postulados no derivan de la estructura específica de la actividad. Desde el punto de vista de la estructura morfológica de la actividad, que es lo único con lo que un investigador puede trabajar realmente, la

actividad se forma de hecho bajo la influencia de los «objetos mismos»; la actividad conjunta no se presupone necesariamente por la morfología de la actividad individual. Muy probablemente, Leontev, que veía su teoría sólo como una indicación general sobre la dirección que debería tomar el desarrollo posterior (14), quería decir que deberíamos volvernos hacia un análisis de los mecanismos sociales en la estructura de la actividad. Posiblemente esto también explica su creciente interés (sobre todo en los últimos años) por los problemas de los significados (16), que para algunos de sus seguidores suponían el comienzo de una nueva etapa en el desarrollo de la teoría de la actividad que, sin embargo, él no pudo llevar a cabo (15).

Ahora formulemos una tarea más específica: explicar los fenómenos de naturaleza social de la actividad desde la perspectiva de las ideas sobre la estructura de la actividad (o transformar estas ideas de manera que podamos ofrecer una explicación).

Probablemente, el término utilizado con más frecuencia en psicología es el de *estructura*. Es un concepto muy complejo. La estructura de un fenómeno (o de un objeto) se ha entendido tradicionalmente como la configuración de sus conexiones (tanto internas, entre los elementos del objeto, como externas, con otros objetos). Esta configuración asegura la identidad del fenómeno (o del objeto) consigo mismo, la constancia de las transformaciones del objeto. La dificultad de ver la actividad desde la perspectiva de esta identidad y constancia radica en que la actividad es un proceso, es decir, tiene lugar en el tiempo. Cuando hablamos de la estructura de un objeto (por ejemplo, de un objeto físico), estamos asumiendo implícitamente que el objeto se ha «detenido» en el tiempo. Dicho de otra manera, cuando se especifica la estructura de un objeto (en particular, una estructura tridimensional), se ignoran sus cambios en el tiempo; se asume que la estructura permanece invariable ante esos cambios. Cuando un objeto cambia en el tiempo, se formula una ley de transformación.

Esta circunstancia era uno de los obstáculos más importantes para la aplicación del principio estructural en un análisis de los fenómenos sociales, de la actividad social, de los fenómenos mentales, procesos que cambian en el tiempo continua e irreversiblemente, de manera que el estado actual de un proceso no es suficiente para reconstruir con certeza su estado anterior. H. Bergson (3) y W. Dilthey (9), que terminaron por denegar que la psicología sea una ciencia objetiva, expusieron claramente las dificultades de especificar este tipo de estructuras mentales.

Una solución apropiada al problema de aplicar el método estructural a un análisis social de las actividades

es el que ofrecen los clásicos del marxismo, que buscaron en la historia y en la sociología modelos en los que basarse para realizar un análisis de este tipo (véase 11, 20). Algunas conclusiones importantes para la psicología extraídas de este análisis se podrían formular de la siguiente manera:

Primero, en el continuo y cambiante proceso de la actividad humana se perfilan ciclos en los que la secuencia y conexión de los elementos se reproducen mediante modelos estables y regulares. Esta es, pues, la estructura sobre la que se construye la actividad. Los instrumentos y medios de la actividad tienen una importancia de primer orden en la estructura de ésta.

Segundo, la estructura de la actividad tiene varios niveles. La estructura que aparece «en la superficie», en una manifestación externa del proceso de actividad, está determinada por una estructura profunda. Una persona no tiene por qué ser consciente de esta estructura profunda —puede no estar «destacada» en su informe interno. Las estructuras superficiales y profundas no son idénticas: las últimas se derivan de las primeras a partir de transformaciones determinadas.

Tercero, el análisis marxista es un análisis genético-estructural. Esto significa, concretamente, que las estructuras generativas básicas se formaron con anterioridad a las estructuras externas (las estructuras de un proceso observado directamente). La estructura base es la formación original, la unidad primaria de todo el proceso de actividad; todo el proceso se desarrolla a partir de esta unidad primaria. El marxismo proporciona un modelo para pasar de lo abstracto a lo concreto y muestra además cómo la estructura de un sistema de actividad social se deriva y se desarrolla a partir de la estructura de su unidad principal. En este sentido, la unidad de análisis del proceso de actividad debe ser esta unidad primaria, es decir, el análisis no debe desarrollarse a nivel de los fenómenos, sino a nivel genético-estructural.

Sobre la base de las ideas de Marx sobre el papel de la actividad práctica orientada al objeto, los psicólogos soviéticos comenzaron a observar la actividad así orientada y la acción con objetos como la unidad genética estructural de la mente humana. Pese a los logros, surgieron dificultades, como ya hemos adelantado al principio. Estas dificultades se pusieron de manifiesto con gran claridad en los intentos de analizar el problema de la comunicación desde la perspectiva de la actividad. La esencia de estas dificultades, reiteramos, radica en los intentos de explicar la naturaleza social de los procesos mentales y de la actividad misma.

Si tomamos como unidad de análisis un ciclo de actividad objetiva humana dentro del sistema «sujeto-objeto», lo analizamos en los términos del paradigma «acti-

vidad-acción-operación, motivo-meta-condición», y relacionamos con esta unidad los principios generales del análisis estructural derivado de la metodología marxista, tal y como se ha descrito brevemente hace un momento, obtendremos el siguiente cuadro. En primer lugar, los instrumentos y los medios de la actividad no están especificados en esta estructura de la actividad. De hecho, las operaciones deberían clasificarse dentro de los instrumentos y medios de que dispone la actividad, pero están definidas desde «arriba», a partir de las metas y de las acciones. Todavía no se ha elaborado una tipología de las operaciones invariantes respecto de las metas y las acciones. En segundo lugar, las estructuras de todas las actividades son isomórficas, o lo que es lo mismo, nos encontramos ante una única estructura universal. No se recurre al postulado profundamente heurístico de que las estructuras existen en muchos niveles y que las estructuras generativas sufren transformaciones. En tercer lugar, no se esclarece la génesis de la actividad en sí misma, es decir, la unidad original estructural y genética a partir de la cual la estructura de la actividad se desarrolla y determina el curso externo del proceso. En otras palabras, nos parece totalmente acertada la idea de E. G. Yudin según la cual existe una diferencia entre la actividad como principio explicativo (que nosotros ponemos en correspondencia con la estructura generativa de la actividad) y la actividad como objeto de estudio (que se corresponde con la estructura externa de la actividad). Sin embargo, no podemos estar de acuerdo con la conclusión que este autor extrajo de esta idea. Yudin se mostraba dispuesto a relacionar el paradigma «actividad-acción-operación», «motivo-objetivo-condición» con la actividad como principio explicativo y la consiguiente justificación (y quizás modificación), cuando lo que en realidad estaba buscando era un objeto de estudio (28). Nosotros pensamos, por el contrario, que este paradigma (incluso teniendo en cuenta sus posibles modificaciones) pertenece en principio a la estructura «externa» de la actividad (en términos de Yudin, a la actividad vista como objeto de estudio). Sin embargo, las ideas sobre la estructura generativa y profunda de la actividad, incluso tomadas como unidades genético-estructurales para análisis de la actividad (lo que en términos de Yudin sería la actividad como principio explicativo) también necesitan un desarrollo ulterior.

UNIDADES DE ANÁLISIS DE LA ACTIVIDAD. ACCIÓN SOCIAL (CONJUNTA).

La psicología contemporánea ha acumulado una experiencia considerable sobre el análisis del problema de los

mecanismos y estructura social de una acción. Una de las corrientes más interesantes en este campo es el interaccionismo simbólico (30), especialmente cuando se combina con algunas ideas de la teoría de Talcott Parson de la acción social, en concreto con sus trabajos acerca de la «acción simbólica» (31, 32). La escuela francesa de psicología de P. Janet y Jean Piaget junto con la escuela del psicoanálisis (especialmente las corrientes asociadas con Jung y Lacan) han realizado algún trabajo sobre este tema. Aquí nos concentraremos en el análisis de los problemas que plantean los mecanismos sociales y el lugar que ocupan en la estructura de la actividad tal y como los estudia la psicología soviética.

Tanto M. M. Bakhtin como L. S. Vygotsky han contribuido enormemente al estudio de estos problemas. un análisis de algunas de sus ideas en el contexto del estado actual de la teoría psicológica de la actividad puede ser muy constructivo. Ante todo, nos gustaría precisar que nuestro análisis no es histórico. Es decir, nuestro propósito no es el de evaluar o juzgar los objetivos que un determinado autor se planteó (no vamos a entrar, por ejemplo, en la discusión sobre si Vygotsky consiguió o no desarrollar la teoría de la actividad en psicología). Nuestra principal preocupación es la de examinar en qué medida sus textos pueden utilizarse para aclarar una serie de problemas actuales en la teoría de la actividad.

Anteriormente, al hilo de algunas consideraciones metodológicas, hemos formulado la hipótesis de que en la actividad existen estructuras que representan distintos niveles y que, entre ellas, la más importante es la estructura básica, genéticamente anterior y, en principio, no conocida, cuyas transformaciones dan origen a otras estructuras «superadyacentes». Esta estructura base es anterior en el tiempo, tanto desde el punto de vista filogenético (cuando las precondiciones fundamentales para su formación se produjeron) como ontogenético (cuando se formó de hecho en un individuo determinado). Algunas ideas de Vygotsky sobre la interiorización y la ontogénesis son muy constructivas si las observamos desde esta perspectiva. Al estudiar la ontogénesis, Vygotsky consideró la naturaleza conjunta de la primera actividad del niño (por ejemplo, junto con su madre) como la característica más importante. Afirmó que «el niño no se introduce en las situaciones directamente, sino a través de la relación con otra persona»(7). Posteriormente, analizó el concepto de interiorización desarrollado por la escuela francesa y describió la esencia de la interiorización de la actividad conjunta de la siguiente manera: «Podríamos formular una ley genética general sobre el desarrollo cultural: Cada función en el desarrollo cultural de niño aparece en la escena dos veces, en dos niveles distintos. Primero, en un nivel

social; después, en un nivel psicológico. Primero, entre las personas, como una categoría intersíquica; después, dentro del niño, como una categoría intrapsíquica» (6, p. 145). En otro pasaje en el que clarifica la importancia de la interiorización como una forma de transición de lo externo a lo interno, de lo social a lo psicológico, Vygotsky escribió: «La estructura de las relaciones sociales se ha trasladado al interior del sistema psicológico del niño, pero manteniendo en este proceso todas las características básicas de su estructura simbólica» (7).

¿Qué importancia y significado pueden tener para nosotros estas ideas de Vygotsky? La cuestión, por supuesto, es si la estructura básica de la actividad humana se forma en la etapa inicial de la ontogénesis a partir de la interiorización de la estructura de la actividad conjunta en la cual el niño se encuentra inmerso desde el día de su nacimiento. Podríamos entonces asumir que «la estructura de las relaciones sociales se ha trasladado al interior de esta estructura base de la actividad, pero manteniendo en este proceso todas las características básicas de su estructura simbólica» (7). Este último punto es el más importante. La estructura interna mantiene todas las características básicas de su estructura simbólica (es decir, incluye los signos). La importancia que Vygotsky concede a los signos es bien conocida: «En las estructuras superiores, el signo y la forma en que es utilizado constituyen el núcleo funcional y determinante de todo el proceso» (6, pp. 106-107).

Así pues, la estructura de la actividad conjunta incluye los signos. Un signo es una designación convencional con significado; siempre se dirige a un interlocutor y es un portador concreto del carácter social de la actividad conjunta. Más aún, cuando se forman las estructuras base de la actividad del individuo (el niño) durante el proceso de interiorización de las estructuras de la actividad conjunta, esta actividad también incluye los signos como el elemento más importante de su estructura. Por supuesto, la estructura de la actividad conjunta se va transformando en el proceso de la interiorización. La transformación de la estructura de un signo en otro se realiza de acuerdo con la naturaleza del signo, acerca de la cual el fundador de la semiótica, Charles Peirce, escribió: «El único propósito de un signo es el de ser interpretado en otro signo» (33. Párrafo 191).

En nuestra opinión, desde una perspectiva psicológica, se deben distinguir estructuralmente distintos tipos de signos: un signo primario ontogenéticamente; un signo sin significado (un elemento de la estructura base de la actividad) no conocido; un signo conocido y verbal (elemento de las estructuras externas de la actividad). Estos signos están unidos por relaciones de continuidad

genético-estructural y presentan una serie de características comunes.

Lo que estamos afirmando, concretamente, es que la estructura general de esta actividad (o, para ser más exactos, acción) conjunta primaria desde el punto de vista ontogenético, incluye como mínimo los siguientes elementos: sujeto (niño), objeto, sujeto (adulto). Aquí el objeto también tiene una función simbólica y desempeña el papel de un signo primario. De hecho, el movimiento de un niño hacia el objeto y la manipulación que hace de éste, incluso cuando tienen el fin de satisfacer una necesidad vital, son simultáneamente signos para el adulto: para ayudar, para intervenir, para tomar parte en esa situación. Los descubrimientos de la psicología del niño indican que, además del adulto, el niño también percibe la situación de esta manera. En otras palabras, entre el adulto y el niño tiene lugar una auténtica comunicación, una comunicación a través de signos (15, 17, 27, 29). Un acto objetivo se construye alrededor del objeto *como objeto*, y una comunicación de signos se construye alrededor del mismo objeto *como signo*. Aquí, coinciden completamente la comunicación y el acto objetivo, y sólo pueden separarse artificialmente conceptuándolos como dos proyecciones distintas de un mismo hecho. Es evidente, entonces, que un signo (un signo primario ontogenéticamente, en nuestra terminología) es, al mismo tiempo, objetivo y social. Sin embargo, este signo no tiene realmente significado en el sentido tradicional lógico-semántico. Más aún, pensamos que durante el proceso de interiorización de un acto conjunto primario, toda la estructura de las relaciones que existen en él (sujeto-objeto[signo]-sujeto) preserva la unión entre lo objetivo y lo «codificado» socialmente, y se transforma en la estructura de un signo «interno», no conocido, un signo que es un elemento de la estructura base de la actividad. Esto explicaría a la vez la naturaleza social y la objetiva de la estructura base de la actividad de un individuo. También explicaría el origen de la estructura de la actividad de un individuo en la actividad conjunta —la comunicación.

La transición de la estructura profunda de la actividad a la estructura superficial y reconocible de ésta tiene lugar en distintas etapas. Sin embargo, en cada etapa los signos funcionan como elementos importantes en la estructura de la actividad, como instrumentos sociales de la actividad. Por supuesto, la estructura del signo se transforma durante este proceso: de la estructura interna e imperceptible pasa a la estructura externa, verbal y perceptible. En todas las transformaciones que generan esta estructura, que se quedó inmovilizada en la estructura de un signo durante el proceso de la interiorización primaria en la ontogénesis, el signo invariablemente pre-

serva su referencia objetiva (un signo siempre es un signo de algo) y su carácter social. Esto también determina las manifestaciones externas de una actividad que se desarrolla a partir de estructuras de signos como actividad objetiva y actividad social, abierta a una interacción y comunicación social.

Muchos psicólogos comparten esta misma idea sobre el papel que desempeñan los signos. En el contexto de nuestro artículo, la siguiente afirmación de Leontev es muy pertinente: «Los modos de acción que se han socialmente desarrollados se esconden tras significados lingüísticos (los significados de un signo)» (14, p. 141). Si añadimos la obvia pero importante precisión de que se trata de los modos y estructuras de las acciones (conjuntas) sociales, ya nos acercamos mucho a la esencia de lo que hemos ido explicando hasta ahora. Todavía más interesantes parecen algunas ideas de Vigotsky que demostraron fehacientemente las transformaciones por las que pasan las estructuras de los signos durante el proceso de exteriorización, es decir, la transición de signos internos a signos externos y la construcción de las actividades externas. Al analizar la transformación de las estructuras internas en estructuras externas y sobre la construcción de las actividades externas, Vygotsky subrayó que la exteriorización trae consigo «una nueva separación de lo que actualmente (en la estructura interna) está fundido...el desdoblamiento del proceso mental superior en la actuación que tiene lugar entre personas» (6, p. 145). Esta idea nos parece muy cercana a las hipótesis que hemos presentado antes. En realidad, lo primero que hemos hecho ha sido esbozar de forma esquemática un número de transformaciones de las estructuras que tienen lugar durante el proceso de interiorización y exteriorización. Estas transformaciones se mueven en direcciones opuestas: en un primer momento, lo que ha sido separado durante la interiorización se funde de nuevo para, a su vez, en el curso de la exteriorización, dividirse en dos, «desplegarse en el drama que tiene lugar entre personas». Como ya hemos dicho, en nuestra interpretación esto quiere decir que la relación ontogenética «sujeto-objeto(signo)-sujeto», originalmente disyuntiva, se funde en una sola, en la estructura de un signo «interno», durante la interiorización. Sin embargo, durante la exteriorización, proceso de dirección contraria, se produce una transformación de la estructura interna, de manera que lo que se había fundido en un solo elemento, se vuelve a dividir en dos «en el drama que tiene lugar entre personas». Es decir, la estructura externa de la actividad del individuo reproduce, en sus puntos fundamentales, la estructura de la acción conjunta ontogenéticamente primaria. Además, está «abierta» a la comunicación y a la acción conjunta y, de hecho, las presupone.

Esta descripción de la estructura de la actividad difiere de la descripción de la estructura objetiva de la actividad en el sistema «sujeto-objeto» analizado desde la perspectiva del paradigma «actividad-acción-operación, motivo-meta-condición». En primer lugar, se detallan los medios sociales y los instrumentos de la actividad, los signos de distintos niveles. En segundo lugar, se postula una estructura de la actividad de varios niveles que, aunque no son isomórficos entre sí, están unidos por relaciones transformacionales. En tercer lugar, se muestra la existencia de la unidad inicial genético-estructural, a partir de la cual se desarrolla la estructura de una actividad de diferentes niveles; también se muestran los actos conjuntos ontogenéticamente primarios. Este último punto es esencial: refleja un intento por introducir una nueva unidad de análisis de la actividad, que se necesita para la explicación de la naturaleza social y objetiva de la actividad. Un acto conjunto funciona como unidad de análisis en tres aspectos interrelacionados: como genéticamente primario, como estructura determinante de la actividad en todos los niveles, y como un componente universal del proceso externo de la actividad.

De extrema importancia para proporcionar los fundamentos del concepto de «acción conjunta» como unidad de análisis de la actividad de un individuo, es el análisis desde esta perspectiva de ciertas ideas no sólo de Vygotsky sino también de Bakhtin, quien formuló cuestiones similares pero de forma distinta. Bakhtin tomó como punto de partida la afirmación de que «las funciones mentales superiores sólo existen en el material de los signos» (2, p. 37). Este autor analizaba la palabra como el signo universal y destacó su génesis social: «La palabra tenía primero que nacer y madurar (ontogenética y filogenéticamente) en el proceso de la comunicación social entre organismos para entrar, a continuación, en el interior del organismo y convertirse en una palabra interiorizada» (2, p. 50). Sin embargo, esta génesis social también determina la estructura de la palabra, con lo que llegamos a las ideas de Bakhtin más importantes para nuestros propósitos. Bakhtin consideraba el enunciado como unidad de la comunicación oral (en definitiva, como unidad de todas las funciones mentales); una unidad desde tres puntos de vista: como componente universal, como estructura genéticamente previa y como determinante estructural. Bakhtin definía un enunciado principalmente en término de sus límites:

Los límites de cada frase concreta, vista como unidad de comunicación oral, están determinados por la alternancia de los sujetos de la comunicación, por la alternancia de los hablantes. Cualquier expresión —desde una sola palabra pronunciada en un diálogo ordinario hasta toda una novela— tiene un principio absoluto y un final absoluto:

antes de su comienzo están las expresiones de los demás, y después de su final están las expresiones a modo de respuesta de las otras personas (o el silencio comunicativo o incluso una acción realizada como respuesta)... Gracias a su sencillez y su claridad, el diálogo es una forma clásica de comunicación oral. (2, pp. 249-50).

Pero, ¿por qué hizo Bakhtin una clasificación como ésta? ¿Por qué colocó en la misma categoría fenómenos tan diferentes como las respuestas de un diálogo (por ejemplo, «sí» o «pero...») y una novela larga o tratado científico? ¿Por qué consideró el diálogo como la forma clásica de expresión? «Por diferentes que sean las expresiones en su alcance, contenido y estructura composicional, todas tienen características estructurales comunes y, por encima de todo, límites completamente definidos» (2 P. 249). Pero, ¿qué importancia tienen estas características estructurales? ¿No son simples criterios formales en función de los cuales podemos unir cualquier cosa dentro de la misma categoría?

La importancia que el trabajo de Bakhtin tiene para nuestros propósitos es que nosotros estamos tratando un problema análogo al que él se enfrentó: descubrir la estructura interna de los mecanismos que subyacen a la naturaleza social del discurso humano. El hecho de que el discurso (como la actividad) es de carácter social, es evidente para cualquiera. Sin embargo, los lingüistas no podían explicar las raíces de la naturaleza social de éste. F. de Saussure, fundador de la lingüística moderna y representante del ala lingüística de escuela de sociología francesa que se remontaba a Durkheim (Janet, el creador de la teoría de la interiorización, encabezaba el ala psicológica de esta escuela), al aplicar los principios generales de Durkheim, contrapuso radicalmente el *habla*, entendida como una combinación individual de formas lingüísticas, a la *lengua*, entendida como un fenómeno sistémico de carácter social que se impone, por esta razón, al individuo. Desde este punto de vista quedan bien documentados los aspectos sociales de la lengua, pero, en cambio, sus manifestaciones a través de la estructura de una expresión determinada pasan inadvertidos, pese a que son precisamente estas manifestaciones las que predeterminan la naturaleza social del habla¹. En consecuencia, sólo Bakhtin, que estaba buscando explicaciones estructurales para la naturaleza

¹ Es bien conocido que para aplicar los métodos estructurales en lingüística, F. de Saussure distinguió, dentro de los fenómenos lingüísticos, el plano sincrónico (el resultante de congelarlos en un instante dado del tiempo) del plano diacrónico (en tiempo real). La estructura aparecía en el plano sincrónico. Sin embargo, una de las principales debilidades del movimiento estructuralista de los estudios humanísticos occidentales consiste en la incapacidad de especificar el momento del desarrollo.

social del habla, fue capaz de «percibir» el hecho de que estas realizaciones están limitadas única y exclusivamente por las expresiones de otras personas —o, para ser más exactos, fue capaz de comprender la enorme importancia de este hecho, cuyo significado es que estas expresiones de la lengua, al estar circunscritas por las expresiones de los demás, constituyen un sistema cerrado.

La clausura o la plenitud de una expresión concreta es, por así decir, el aspecto interno del intercambio entre los interlocutores... El primer y más importante criterio de plenitud de una elocución es la posibilidad de responder o, de forma más concreta y general al mismo tiempo, la posibilidad de asumir una posición determinada para responder (por ejemplo, llevar a cabo una instrucción)... El signo de plenitud o de integridad de una elocución no se puede definir gramaticalmente o en términos de una abstracción semántica cualquiera (2, p. 255)

Así pues, los límites de una elocución, el criterio estructural más importante, predeterminan la integridad de ésta. Esta integridad no es ni gramatical ni semántica, sino social. El mecanismo del aspecto social del habla radica no sólo en que ésta pueda abstraer normas lingüísticas sociales que existen fuera y por encima de ella, sino también en el hecho de que la verdadera unidad del habla, la elocución, «debe ser analizada como una respuesta a las elocuciones precedentes» (2, p. 271) y como una precondition para las elocuciones posteriores, es decir, las respuestas. Esta estructura del sistema de una elocución determina rigurosamente el que esta elocución esté orientada hacia «otro» (sea real o ideal) y depende de ello. Una elocución es social. Evidentemente, una elocución puede estar orientada igualmente hacia un objeto.

No es difícil comprender que en este contexto los trabajos de Bakhtin tienen una gran importancia para nosotros: por analogía con la forma en que este autor trazó los límites de una elocución, también nosotros podemos trazar plausiblemente los límites de una acción (social) conjunta, la unidad de la actividad de un individuo. En este caso, los límites de la acción social de un ser humano no se deben considerar como el control sobre (o el uso de) un objeto (sea físico o ideal), sino como la relación que mantiene con la acción de otra persona. Por supuesto, la acción social es objetiva —en cada instante está orientada hacia un objeto, determinada por un objeto. Sin embargo, el límite del acto social es su conexión con el acto de otra persona, lo cual altera de forma tajante todo el sistema de una acción e introduce el factor social en su definición misma. En este caso, el signo necesariamente debe ocupar un lugar importante en la estructura de un acto: un signo que se dirige a otra persona y que pro-

duce una acción como respuesta que sirve para completar el acto inicial.

Es importante señalar que la acción de «otra persona» a modo de respuesta (éste es el límite de la «acción social») no debe entenderse literalmente, como un acto real de una persona real. Si una acción en respuesta se entendiera de esta manera, nos veríamos obligados a incluir en una misma categoría fenómenos tan dispares desde el punto de vista psicológico como un micromovimiento que desencadena otro micromovimiento como repuesta, o la actividad de un individuo que presenta una organización compleja y se extiende en el tiempo. Por el contrario, la siguiente formulación nos parece más plausible: Ontogenéticamente (sobre todo en los inicios de la ontogenia), la acción conjunta (del niño con el adulto) es realmente la unidad de la actividad del niño. Su génesis también determina la estructura de la actividad posterior del individuo, pero, por supuesto, no en un sentido literal. Las acciones humanas posteriores también son conjuntas, pero no en el sentido de que exista un contacto directo con una acción real de «otra persona» a modo de respuesta, sino en el sentido de orientarse hacia esta acción. Parafraseando la definición de Leontev según la cual el verdadero motivo de la actividad es un objeto, podríamos decir que el motivo es una acción objetiva en respuesta (tanto si ésta es real como imaginaria). Esta circunstancia explica también algunos aspectos de diálogo en los procesos cognitivos humanos y en los fenómenos que reflejan una «antropomorfización» del objeto de actividad, en los cuales el objeto físico real es percibido y descrito en términos antropomórficos (por ejemplo, en los textos científicos, se habla del «encanto de una partícula» o del «comportamiento de una célula»).

A modo de recapitulación, podemos decir lo siguiente. Hemos intentado esbozar algunas posibilidades hipotéticas para conectar la actividad colectiva y la individual, la comunicación y la actividad, la naturaleza social y la objetiva de la actividad. También hemos intentado esbozar algunos de los posibles mecanismos estructurales que subyacen en la naturaleza social de la actividad individual a través de un análisis de la literatura existente. Hemos lanzado la hipótesis de que existen varios niveles en la estructura de la actividad; estos niveles no son isomórficos entre sí, sino que están unidos por relaciones de continuidad genética. El aspecto externo de la actividad de un individuo se desarrolla a partir de estas estructuras. La estructura básica más profunda se forma a partir de la interiorización de la actividad objetiva ontogenéticamente primaria y de la actividad conjunta, que también es, al mismo tiempo, comunicación. El elemento central en esta estructura son los signos, en

los que la naturaleza social y objetiva de la actividad están inseparablemente interrelacionadas. Posteriormente, en el curso de la exteriorización y generación de actividades externas, la estructura básica pasa por una serie de transformaciones (la estructura de los signos también se transforma). Como resultado de todas estas transformaciones, la actividad externa humana se desarrolla en una serie de etapas muy similares a la acción conjunta inicial desde el punto de vista genético. La interiorización de esta acción conjunta es la que genera la estructura base de la actividad que, ante todo, es social y objetiva. Por todo esto, la acción social (conjunta), es decir, la acción orientada no sólo hacia un objeto (aunque el objeto sea un componente necesario en la acción social), sino también hacia la acción objetiva de otro ser humano, es una unidad de análisis de la actividad individual, una unidad tanto en el sentido genético-estructural como en el de constituir un componente universal.

[Traducción: David Marín]

REFERENCIAS

1. Marx, K., & Engels, F. (*Works*). Vol. 42
2. Bakhtin, M. M. (*The aesthetics of verbal creativity*). Moscow, 1978. 418 pp.
3. Bergson, A. (*Creative Evolution*). Moscow, 1909.
4. Voloshinov, V. N. (*Marxism and the philosophy of language*). Leningrad, 1929. 188 pp.
5. Vygotsky, L. S. (*Collected works*) Vol 1. Moscow, 1982. 487 pp.
6. Vygotsky, L. S. (*Collected works*) Vol 3. Moscow, 1983. 367 pp.
7. Vygotsky, L. S. (*Collected works*) Vol 6. Moscow, 1984. In press.
8. Gusev, G. V. (Compiler) (*The psychology of communication*). Moscow, 1980.
9. Dilthey, V. (*Descriptive psychology*). Moscow, 1924.
10. Ivanov, V. V. (The significance of Bakhtin's ideas about signs, utterances and dialogue for contemporary semiotics). *Uch. Zap. Tartu. Gosuniversiteta*. Tartu, 1973. No 308, pp. 5-44.
11. Kuz'min, V. P. (*The system principle in Marxist theory and methodology*). Moscow, 1980. 312 pp.
12. Leont'ev, A. A. (Activity and communication). *Vop. Filosof.*, 1979, No 7.
13. Leont'ev, A. N. (Analysis of activity). *Vestn. MGU. Psikhologiya*, 1983, No 2, pp 5-17.
14. Leont'ev, A. N. (*Activity. Consciousness. Personality*). Moscow, 1974. 304 pp.
15. Leont'ev, A. N. (*Problems of the development of the mind*). Moscow, 1981. 574 pp.
16. Leont'ev, A. N. (The psychology of the image). *Vestn, MGU. Psikhologiya*, 1979, No 2, pp. 3-13.
17. Lisina, M. I. (Ed.) (*Studies in the problems of developmental and pedagogical psychology*). Moscow, 1980. 268 pp.
18. Lomov, B. F. (The category of communication and activity in psychology). *Vop. Filosof.*, 1979, No 8, pp. 34-47.
19. Lomov, B. F. (Communication as a problem in general psychology). In (*Methodological problems of social psychology*). Moscow, 1975, pp. 124-35.
20. Mamardashvili, M. K. (Analysis of consciousness in the works of Marx). *Vop. Filosof.*, 1968, n.º 6, pp. 14-25.
21. Matyushkin, A. M. (The psychological structure, dynamics, and development of cognitive activity). *Vop. Psikhol.*, 1982, No 4, pp. 5-17.
22. (*Interpersonal perception in a group*) Moscow, 1981, 295 pp.
23. (*The problem of communication in psychology*). Moscow, 1981. 280 pp.
24. Rubinshtein, S. L. (Problems of psychology in the works of Karl Marx). *Sovetskaya Psikhotehnika*, 1934, pp. 3-10.
25. Smirnov, S. D. (The world of images and the image of the world). *Vest. MGU. Psikhologiya*, 1981, No 2, pp. 15-29.
26. de Saussure, F. (*Studies in linguistics*) Moscow, 1977, 696 pp.
27. El'konin, D. B. (The problems of stages in mental development in childhood). *Vop. Psikhol.*, 1971, No 4.
28. Yudin, E. G. (*The systems approach and the principle of activity*). Moscow, 1978. 392 pp.
29. Fajans, S. Die Bedeutung der Entfernung fuer die starke eines Aufforderungs characters beim saugling. *Psychol. Forsch.*, 1933, 13.
30. Mead, G. H. *Mind, self and society*. Chicago, 1935. 400 pp.
31. Parson, T. *Action theory and the human condition*. New York, 1978. 464 pp.
32. Parson, T. *The structure of social action*. New York, 1937. 817 pp.
33. Peirce, C. S. *Collected papers*. Vol. 8. Cambridge, Ma, 1938.
34. Triplett, N. The dynamogenic factors in pacemaking and competitions. *American Journal of Psychology*, 1897, 9.